



# Jane

MIGUEL ÁNGEL JORDÁN

JANE

MIGUEL ÁNGEL JORDÁN

Ilustración de portada: Ester Vall Balsells

Diseño de portada: Juan Pablo García Marcos

Primera edición: abril 2018

ISBN: 9781980720546

Copyright: Miguel Ángel Jordán Enamorado

[www.miguelangeljordan.com](http://www.miguelangeljordan.com)

## NOTA INTRODUCTORIA

“Emma Woodhouse, guapa, inteligente y rica...”. Así comienza *Emma*, una de las novelas de Jane Austen, y así comenzó mi relación con esta autora, a la que desconocía casi por completo entonces, y a la que tantas horas he dedicado en los quince años que han transcurrido desde aquel primer encuentro.

¿Qué vi en esa novela para que me llevara a buscar otra de esta misma autora, y después otra y otra...? ¿Qué tienen las obras de Jane Austen para que seamos millones los lectores que las hayamos releído una y otra vez, y las incluyamos sin dudar entre nuestros títulos favoritos? La respuesta a esas preguntas daría para otro libro, para una tesis doctoral o para varias. Pero, aunque sea de un modo incompleto, también podrás encontrar una explicación en estas páginas.

Toda obra es, en cierta medida, un reflejo de su autor. No es necesario conocer la biografía de una escritora para poder disfrutar de sus novelas, pero no es raro que cuando un libro nos gusta, investiguemos sobre la persona que lo escribió.

Esta novela tiene como objetivo principal acercar la vida de Jane Austen a todos aquellos que han leído alguna de sus obras, y también a los que aún no lo han hecho, pero sienten un mínimo de curiosidad por su vida, su entorno, su labor creativa... ¿Cómo fue el día a día de una de las escritoras con mayor repercusión mediática? Más de doscientos años después de su muerte, sus libros siguen estando de moda, se cuentan por decenas las adaptaciones y versiones audiovisuales de sus obras, y por cientos las precuelas, secuelas, *mash-ups*, *spin-offs* y otras narraciones inspiradas en algunos de sus personajes.

Jane Austen es la gran protagonista de estas páginas y he hecho todo lo que ha estado en mi mano para mostrarla tal y como fue. Mi mayor preocupación ha sido mantenerme fiel a los datos históricos que conocemos sobre ella y a su personalidad, o al menos, a lo que yo he percibido de su personalidad a través de sus escritos y de los testimonios de aquellos que la conocieron.

Para lograr este propósito, he intentado que su voz suene alta y clara a lo largo de toda la novela intercalando fragmentos de sus cartas, y también incluyendo muchas de sus palabras en los diálogos o reflexiones, ya sean extraídas de su correspondencia o de sus obras. La mayoría de personajes que aparecen en esta historia son reales, y también lo son casi todos los hechos que se narran. Mi labor ha consistido en recopilar toda la información disponible y ofrecerla de un modo ordenado. Esto ha exigido bastante tiempo y dedicación, pero no ha sido una tarea difícil.

Lo realmente complicado -el auténtico reto de esta obra- ha sido tratar de introducirme en el interior de una de las mejores escritoras de la literatura universal, para poder mostrarla de un modo cercano y a la vez profundo. No sé si lo he logrado, pero he puesto toda mi ilusión y todo mi empeño para hacerlo. Sé que el resultado no será del gusto de todos. Eso es imposible. Pero confío en que sean muchas las personas que disfruten con estas páginas.

Esta novela es el fruto de muchos años de trabajo y reflexión. De horas y horas de lectura, de conversaciones con otros lectores -sobre todo lectoras-, de congresos, jornadas, vídeos, artículos y entradas en blogs. Este es mi tributo a la autora que me deslumbró y que me introdujo en un mundo que no conocía. Los defectos de esta novela son míos, todo lo bueno que haya en ella se debe a su protagonista. Aquí termina mi parte y empieza la auténtica historia. Señoras y caballeros, con todos ustedes... ¡Jane!



## CAPÍTULO 1

*Steventon, sábado 9 de enero de 1796*

-¡Jane! ¡¡Jane!! ¿Dónde se habrá metido?

-Estoy aquí, mamá. No hace falta que grites.

-¿Y se puede saber qué hacías en el despacho de tu padre?

-Quería escribirle una carta a Cass para felicitarla por su cumpleaños.

-Pues ya lo harás más tarde. Ahora tienes que hacerte cargo de Anna.

-Sí, mamá –cedió la joven sin demasiado entusiasmo.

Desde primera hora de la mañana, la rectoría de Steventon albergaba una actividad incesante; tareas domésticas, clases particulares, entradas y salidas, subidas y bajadas, y ecos de risas desde distintos puntos de la casa.

-Henry, ¿puedes dejar en paz a la pobre Anna? –indicó la señora Austen mientras se dirigía a la cocina.

-Pero si le encanta. ¿A que sí, pequeñaja? –repuso, mientras la lanzaba por los aires.

-Cualquier día la dejarás colgada de una lámpara. Tranquila, Anna, ya está aquí la tía Jane para rescatarte de las garras de este salvaje.

-¡Otra vez! –suplicó la pequeña agarrando las solapas de su tío.

-¿Ves? ¡Arriba!

Jane esbozó una sonrisa, mientras Henry hacía volar a su sobrina una vez más.

-Se acabó, señorita. Ahora vamos a desayunar y después daremos un paseo. Hace un día estupendo.

-Te veo muy animada –dijo Henry con una sonrisa maliciosa.

-Yo siempre estoy animada.

-¿Disfrutaste del baile de ayer?

-Por supuesto. Me encantan los bailes.

-Sobre todo si está presente cierto caballero...

-No digas tonterías, Henry –repuso ella sin poder ocultar cierto rubor-. ¡Vamos, Anna!

Retazos de nubes moteaban el azul oscuro del cielo, sin llegar a ocultar la luz del sol. La brisa era suave y fría, pero no lo suficiente como para incomodar a la joven, que caminaba pensativa sin fijar la vista en ningún punto concreto.

-¿Estas? –preguntó Anna, tirando de la mano de su tía.

Jane miró hacia el lugar que le indicaba la pequeña y vio unas primulas rosáceas que habían florecido al cobijo de los setos.

-De acuerdo, pero solo una.

Anna se agachó y trató de cortar la flor con sus manitas inseguras, mientras su joven tía la observaba con ternura y compasión. Tan pequeña, tan delicada, tan inocente... Y sin una madre que la colmara de cuidados, besos y caricias.

El mismo día de la boda de Edward y Elizabeth, Jane había empezado a soñar con sus sobrinos. Muy poco después, el enlace entre James y Anne aumentó las posibilidades de que el feliz acontecimiento llegara pronto. Y así fue. Primero nació Fanny, la hija de Mr. Knight –como llamaba ella a su hermano Edward de vez en cuando-. Y solo tres meses después, llegó la adorable Anna, que llevaba el nombre de su madre, a la que apenas había tenido tiempo de conocer.

Tras la muerte de su esposa, James accedió a que su hija fuera a vivir a Steventon. La distancia desde su propia rectoría no era muy grande, por lo que podría ir a visitarla con frecuencia. Y allí estaría mucho mejor cuidada que en el hogar de un viudo prematuro, que tenía que atender las tareas propias de su condición de párroco de una iglesia rural.

-¡Mira!

-¡Qué bonita! Ven, buscaremos otras flores y le llevaremos un ramo a la abuela, ¿te parece bien?

-¡Sí! –accedió la pequeña con una gran sonrisa.

El sendero ascendía suavemente, bordeado por pequeñas arboledas y troncos caídos, a cuya sombra crecían algunos arbustos y flores. Ahora tan solo se veían unos pocos jacintos silvestres y otras especies apenas reconocibles. Pero en primavera, abundaban las margaritas y las anémonas, con sus fibras de plata.

-Anna, no corras –le indicó cuando arrancó en uno de sus breves trotecillos, y rió para sí al recordar cuántas veces le habían dirigido a ella esa misma frase. Si miraba a su izquierda, podía ver la ligera pendiente alfombrada de largo césped, por la que en tantas ocasiones se había arrojado, rodando sin parar hasta casi llegar al jardín de su casa, divertida y mareada, con el vestido salpicado de matojos y briznas. Su madre siempre le decía que esos juegos no eran propios de una señorita, pero no había demasiada convicción en sus reprimendas, y la sonrisa cómplice de su padre las animaba a Cassandra y a ella a seguir con sus correrías siempre que la climatología lo permitiera.

Cuando llegaron a lo alto de la colina, divisaron la iglesia, con su torre y sus muros de piedra.

-Abuelito –dijo Anna con su lengua de trapo.

-Sí, pero ahora no vamos a ir hasta allí. Es hora de volver a casa.

Aunque Jane quería regresar para continuar con su carta, tuvo que ceder ante la insistencia de la pequeña, que quería completar su ramo sin permitir que la ayudase a cortar las flores que seleccionaba.

-Tú verás lo que haces –comentó resignada la joven-. Pero si te muerde una serpiente no me vengas con lloriqueos –añadió, ganándose una mirada de pánico de la niña-. ¡Era una broma! –la tranquilizó sonriendo-. Podrás llorar todo lo que quieras.

Mientras Anna se afanaba en su tarea, Jane miró a su alrededor, dejando vagar su mente. ¡Qué bien lo había pasado la noche anterior! El baile había sido magnífico. Se había reído sin parar con sus buenas amigas, las hermanas Alethea, Elizabeth y Catherine Bigg. Incluso el hermano de estas, el pequeño Harris, se había comportado como un caballeroso anfitrión, halagándola con sus inocentes piropos. La cena fue exquisita, el invernadero estaba perfectamente decorado y había tantos jóvenes agradables y elegantes... Aunque ninguno tanto como el señor Tom Lefroy, su buen amigo Tom Lefroy.

-¡Ya está! –declaró Anna triunfal, mostrándole el ramo que había confeccionado.

-¡Es precioso! ¡A la abuelita le va a encantar! ¡Vamos! Es hora de volver a casa.

-¡Al fin! –exclamó mientras se sentaba. Tras exhalar un largo suspiro, extendió el papel frente a ella y tomó la pluma con cuidado, hundiéndola suavemente en el tintero.

*En primer lugar, espero que vivas veintitrés años más –* Jane sonrió al imaginar la cara de Cassandra al leer esa primera frase. Cass no era solo una hermana, su única hermana; era su mejor amiga, su confidente y su cómplice. Y, ahora, estaba a punto de casarse... En cuanto su prometido, el otro

Tom (¡qué coincidencia!), regresara de su viaje a las Indias Occidentales, contraerían matrimonio y se irían a vivir al pueblo del que lo hicieran párroco. Y ella se quedaría sola, sin nadie que la entendiera tan bien como su querida Cass, que hoy cumplía veintitrés años, solo un día después que... ¡Otra coincidencia!

*Ayer fue el cumpleaños del señor Tom Lefroy, así que tenéis casi la misma edad.* –Sabía que esa referencia a Tom no iba a resultar del todo agradable a Cassandra y se debatió entre incidir en el tema o no. Finalmente optó por contarle algunos detalles sobre los asistentes al baile. Sin embargo, unas líneas más adelante, al recordar lo que le decía en su última carta, no pudo contenerse y decidió volver sobre el asunto.

*Me regañas tan duramente en la larga y agradable carta que acabo de recibir, que casi tengo miedo de decirte cómo nos comportamos mi amigo irlandés y yo.* –Una mirada maliciosa asomó a los ojos de la joven, que volvió a mojar la pluma como si cargara un arma-. *Imagina las cosas más libertinas y escandalosas en la manera de bailar y de sentarnos uno junto al otro.*

Sabía que su actitud había provocado comentarios entre algunas personas. ¡Era tan importante comportarse según las normas sociales...! Y no es que le pareciera mal, dependiendo del caso. Por supuesto que había que ser educada y respetuosa con los demás. Pero también tenía derecho a divertirse y a disfrutar de la agradable compañía de un joven galante, apuesto y agradable... Sí, así era él. Galante, apuesto y agradable. Esa había sido su primera impresión hacía tan solo unas semanas, aunque cualquiera que los viera ahora podría pensar que se conocían desde mucho antes. Todo había empezado una mañana como otra cualquiera, cuando su padre les dijo que esperaban visita.

–El reverendo Lefroy y su esposa vendrán a tomar el té con nosotros –había anunciado, tras leer una nota durante el

desayuno-. Quieren que conozcamos a uno de sus sobrinos que se va a alojar en su casa algunas semanas...

-Permítanme que les presente a mi sobrino Tom Lefroy.

Mientras el señor Austen le daba la bienvenida en nombre de toda la familia, Jane clavó sus ojos de color avellana en el joven. No había en él nada llamativo, pero tampoco nada fuera de lugar. Sus maneras no parecían estudiadas, su voz resultaba agradable y la sonrisa que acompañó a su saludo fue franca y cordial. Su actitud era la de alguien que se siente a gusto consigo mismo y con los demás. La gentil reverencia con la que respondió a las diversas presentaciones, su respuesta natural a las preguntas de cortesía... Todo en él resultaba armonioso; ni envaramiento, ni arrogancia, ni una soltura desmedida.

-Es un placer tenerle entre nosotros. Confiamos en que su estancia sea lo más agradable posible.

-Muchas gracias, señora Austen. No me cabe ninguna duda de que será así.

-¿Había estado alguna vez en Hampshire?

-No, es la primera. Aunque confío en que no la última.

-Ya sabes que puedes volver a nuestra casa cuando quieras –intervino de inmediato su tío-. Y no debes tener ninguna prisa por regresar a Irlanda. Nuestro hogar es el tuyo el tiempo que desees.

Mientras la conversación proseguía por los cauces de los agradecimientos y los buenos deseos, Jane tuvo tiempo de continuar con su análisis. Las buenas maneras del joven irlandés eran un complemento perfecto para su figura elegante y la apostura de su rostro. Mirada decidida, rasgos marcados, pero aún suaves, y la sonrisa siempre dibujada en los labios.

-... Cassandra se marchó hace unos días, pero seguro que tanto Henry como Jane asistirán. ¿Le gusta bailar, señor Lefroy?

-Sí, mucho. Y espero tener el honor de compartir algún baile con la señorita Austen –añadió, inclinando ligeramente la cabeza.

Jane respondió con una tímida sonrisa, que se ensanchó al percibir el brillo de los ojos del joven al encontrarse con los suyos.

La nieve había acompañado a Jane en su vigésimo cumpleaños y había sido el telón de fondo de las fiestas navideñas. El baile anunciado tuvo lugar y a ese le siguió otro. Y en ambos estuvo Tom... Sonriente, divertido, caballeroso. Apenas habían podido intercambiar algunas frases. Siempre estaban rodeados de gente, de ruido, de miradas. Los bailes que compartieron fueron los únicos momentos en los que ellos dos pudieron ser ellos dos. Pero, aun cuando no estuvieran juntos, sabía que él la estaba mirando, y si conversaban con otras personas, sus comentarios se dirigían principalmente a ella. Era tan agradable sentir esa preferencia, percibir su admiración, escuchar su risa.

Pero todo eso iba a acabar... ¿Para siempre? Esa era la cuestión que la atormentaba, aunque tratara de disimular, dándole a sus palabras el tinte travieso habitual.

*Sin embargo, puedo exponerme solo una vez más, porque se marcha inmediatamente del país después del viernes próximo, día en que, por fin, se celebrará un baile en Ashe. Es cierto que se trata de un joven muy galante, apuesto y agradable. Pero no puedo contarte mucho más, ya que, salvo en los últimos tres bailes, apenas nos hemos visto, porque en Ashe se ríen tanto de él, a causa mía, que le da vergüenza venir a Steventon.*

¿Era eso lo que estaba ocurriendo, o había algo más? Jane había detectado un matiz extraño en su comportamiento la noche anterior. Él había estado tan atento y correcto como siempre, y era cierto que habían charlado y se habían divertido juntos. Pero algo había cambiado. A ratos se le nota-

ba incómodo, tenso, alerta. Había tratado de comportarse con normalidad, desplegando todo el encanto de sus modales galantes, su preciosa sonrisa y sus ojos inteligentes. Pero su mirada había vagado por la habitación y ella le había sorprendido con gesto preocupado en un par de ocasiones. ¿Por qué?

Catherine y Elizabeth bromeaban con ella sobre “su conquista”, y le daban la enhorabuena por haber cautivado a un joven tan amable y atractivo. Esos comentarios no pasaban de ser una broma y no había malicia en ellos. Pero seguro que no era así en todos los casos. ¿Se trataba de eso? ¿Habría escuchado Tom algunas habladurías y por eso se mostraba más cauto? A pesar de todo, él buscaba continuamente su compañía. Habían bailado juntos, se habían sentado juntos durante la cena... Esa actitud la desconcertaba y no era capaz de comprender su causa. Ella, siempre tan atenta y perspicaz, siempre tan observadora y astuta, siempre la primera en adivinar las intenciones ocultas de los demás, se sentía perdida justo en esta ocasión, que tanto la afectaba.

Jane se obligó a dominar sus pensamientos y continuó con la carta, esforzándose para que su pluma no la traicionara. Por una parte, le encantaría tener a Cassandra cerca para consultarle sus dudas, pero por otra... Quizás era mejor que estuviera con la familia de su prometido, lejos de Steventon, ajena a lo que estaba ocurriendo. ¿Qué le diría si estuviera allí? Su carta había sido suficientemente reveladora, y eso que tan solo le había contado algunos detalles de su relación con Tom. No, no necesitaba a nadie que la sermoneara sobre lo inapropiado de su actitud. Ya tenía veinte años y podía tomar sus propias decisiones.

Unos golpes en la puerta interrumpieron sus pensamientos y los trazos de su pluma.

-La señora me ha pedido que la avise. Tienen visita –le informó Maggy, la doncella.

-¿Sabes de quién se trata? –preguntó, reacia a abandonar su tarea.

-Disculpe, señorita, pero no recuerdo sus nombres –se excusó la muchacha-. Se trata de dos caballeros jóvenes. Creo que uno de ellos estuvo aquí hace unas semanas con los señores Lefroy...

-¡Tom! –exclamó Jane con evidente entusiasmo. Arrepintiéndose de inmediato, la muchacha recompuso su rostro en una expresión de tranquilidad y le pidió a la sirvienta que informara a su madre de que acudiría enseguida.

Tan solo habían pasado unas horas desde su último encuentro... ¿Le ofrecería alguna explicación de su actitud? Imposible, para eso necesitarían un mínimo de intimidad y eso era algo inexistente en esa casa.

Jane suspiró. ¿Por qué tenía que ser todo tan difícil? Sería mejor que se diera prisa. A su madre no le gustaba que la hicieran esperar. Y Tom podría malinterpretar la situación y pensar que no deseaba verle.